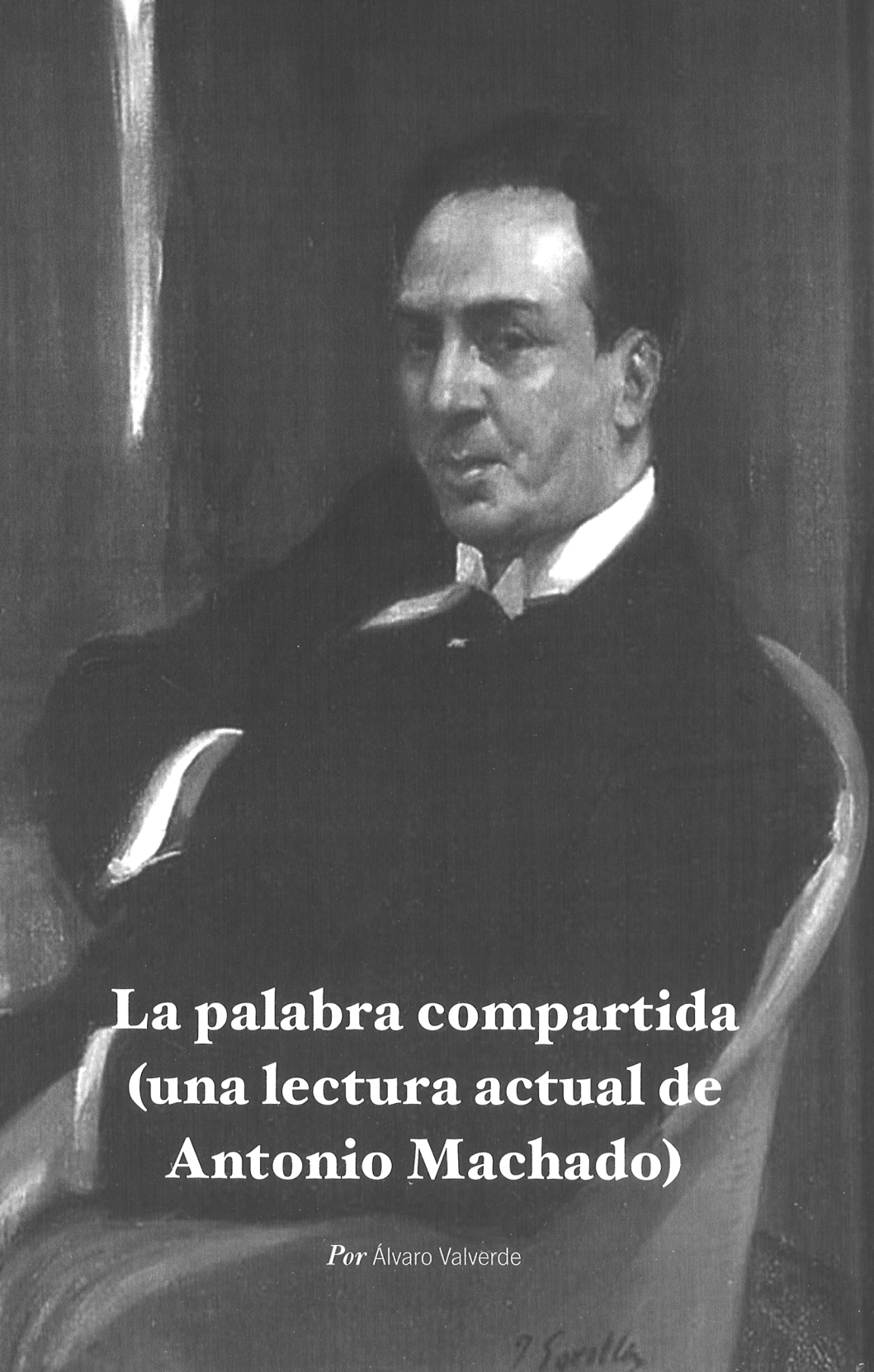

La palabra compartida (una lectura actual de Antonio Machado)

Por Álvaro Valverde

Vaya por delante que no soy un especialista en la obra de Antonio Machado, del que ahora conmemoramos el octogésimo aniversario de su muerte, sino, como tantos, un lector. Alguien al que su poesía, muchos años después, le sigue, digamos, llamando. Un lector, añado, que se siente muy honrado cuando algún crítico utiliza el adjetivo «machadiano» para referirse a algún aspecto de la poesía que escribe.

De la lectura y la relectura durante los últimos meses de su poesía y su prosa, amén de algunos libros y artículos acerca de su obra, surge este texto centrado en su evidente actualidad, que, por respeto al maestro, es todo menos académico. Consciente de que bien poco puedo aportar a la crítica de uno de nuestros más «admirados y manoseados» poetas. ¿No estamos ante una «presencia viva e inmediata», al decir de Soria Olmedo sobre Lorca?

Los de entonces, los que empezábamos a leer poesía y a pergeñarla a finales de los años setenta, dimos con los versos de Machado al mismo tiempo que con las canciones de Serrat que musicaba esas letras cuya vigencia es todavía audible. Aunque no lo recuerdo bien, a buen seguro poemas suyos figuraban en los libros de texto en los que aprendimos literatura, como afirma mi coetáneo Fernando Aramburu en un artículo sobre el poema «Yo voy soñando caminos». Del mismo modo, por casa andaba también la antología *Antonio Machado* (con prólogo de Julián Marías), de la benemérita colección Libro RTV de la Biblioteca Básica Salvat, gracias a la cual entraron los primeros libros en muchos hogares españoles allá por la década de los sesenta. Sí estoy seguro de que leí *Campos de Castilla* en COU; el año 75, el de la muerte de Franco.

Machadiano se me antoja, por añadidura, mi primer contacto escolar con la poesía, a partir de la memorización y posterior recitado de un poema de Gabriel y Galán titulado «Lo inagotable», cuya atmósfera, o eso me parece, evoca el tono del sevillano.

¿Por qué he tratado a Machado hace un momento de usted? Desde su mítica muerte en el breve exilio de Collioure y aun antes, por el retrato que le hicieron algunos de sus contemporáneos y, más allá, por lo que se infiere de la lectura de su obra –que es para mí la clave de bóveda de este modesto andamiaje–, Machado ha contado con un respeto reservado a los más grandes. ¿Es a eso a lo que llamamos un *clásico*? Es posible. Lo cierto es que la fama que alcanzó en vida no ha sufrido merma tras su muerte, todo lo contrario, y ni la dictadura franquista, por evidentes razones políticas, ni lo que ha venido después han logrado evitar que su

palabra siga viva. Sin pagar siquiera el peaje del provisional purgatorio, simbólico lugar al que parece condenada la literatura de casi todos antes de pasar, definitivamente, al infierno del olvido. Es verdad que no lo leyeron del mismo modo, ni siguieron sus enseñanzas por igual, los poetas del grupo del 50 (los de la famosa fotografía del 59) que los novísimos.

Por suerte, pertenezco a una generación, la de los 80 o de la democracia, muy machadiana, en especial su facción más exitosa, digamos, la tendencia dominante o «poesía de la experiencia», cuyo granadino núcleo germinal adoptó el nombre de «nueva sentimentalidad» y cuanto ese marbete, en términos teóricos, llevaba aparejado.

Críticos y estudiosos coinciden en señalar que Machado no estuvo nunca de moda. O a la moda, mejor. Vamos, que nunca fue un «poeta del día». Ésta es una de las paradojas sobre él que conviene subrayar. Le acusaron de decimonónico, de romántico trasnochado, de simbolista a tiempo (pues lo fue al principio) y a destiempo... Fue «un poeta rezagado, obsoleto», indicó Ángel González, uno de sus más preclaros discípulos y uno de sus más perspicaces intérpretes. No en vano, dedicó al poeta su discurso de ingreso en la Real Academia, donde hizo mención, por cierto, al borrador del que Machado no pudo pronunciar al final en la Española tras ser electo en 1927. Y, sin embargo, tengo la sospecha de que fue precisamente eso, su capacidad para ejercer de disidente, su condición de intempestivo y anacrónico (lo que debe ser un escritor «en el sentido originario de la palabra que designa el estar contra el tiempo», sostuvo H. A. Murena), su carácter solitario, ese quedarse voluntariamente atrás, lo que ha preservado al cabo su poesía hasta el presente, por lo que seguimos compartiendo su palabra. Por encima, incluso, del uso de la rima, consustancial a sus versos, que no deja de ser un recurso desusado en nuestra lengua, que marca indefectiblemente un antes y un después en lo que atañe a la poesía y al consiguiente, discutible concepto de modernidad.

Juan Malpartida, en su libro *Antonio Machado. Vida y pensamiento de un poeta* (uno de los ensayos más recientes de la inabarcable bibliografía machadiana), después de aseverar «no es contemporáneo de la gran poesía europea de su época», lo califica de «perfecto poeta menor». Disiento, en parte y con todo respeto, sin que ello suponga menoscabo alguno para los poetas menores, que son los que más abundan. ¿Por qué? Me baso en lo relatado hasta aquí, en la excelencia de sus poemas, única causa y razón de

que alguien sea designado por sus semejantes como poeta, y en las lecciones que de su pensamiento poético se deducen. Machado fue, en este sentido, muy moderno, pues reflexionó sobre la poesía como sólo han sabido hacer los más conspicuos y lúcidos vates de la lírica contemporánea. Eliot, Stevens, Paz o Borges (el del malévolo comentario, cuando le pidieron su opinión sobre el poeta: «No sabía que Manuel tuviera un hermano»). Desarrolló esa aguda meditación, sobre todo, en su prosa, en esa obra fundamental de las letras hispánicas, y no sólo, que es *Juan de Mairena*.

Yendo hacia atrás, Machado aborreció el Barroco, cualquier gongorismo, la visión conceptista. Hacia adelante, las vanguardias, tan de su tiempo; de ahí que estuviera en contra de todos los *ismos*, «múltiples escuelas aparentemente arbitrarias y absurdas» que se unieron, según él, en su «guerra a la razón y al sentimiento». «Quiero hacer constar que la poesía, y especialmente la lírica, se ha convertido para nosotros en un problema», mantuvo, el del «álgebra superior de las metáforas».

Del pasado le atrajo siempre la llaneza cervantina. Y el sentido común. Por eso detestó la pedantería y el engolamiento. Buscó la naturalidad, esa manera de decir que hace fácil lo difícil (porque el mundo es complejo), tan reñida, aunque sea una de sus formas, con la retórica. «¿Naturalidad?», se pregunta Mairena, quien tras mencionar el descrédito del vocablo y «la malquerencia de los virtuosos», responde: «Naturaleza es sólo un alfabeto de la lengua poética. Pero ¿hay otro mejor? Lo natural suele ser en poesía, lo bien dicho, y en general, la solución más elegante del problema de la expresión».

Desde la primera página del *Mairena* defiende la literatura «hablada», frente a la «escrita». La de la «lengua viva». «Lo que pasa en la calle». Cuando afirmó: «la palabra escrita me fatiga cuando no me recuerda la espontaneidad de la palabra hablada», estaba sentando jurisprudencia lírica, dictando una sentencia inseparable de lo que consideramos poesía moderna (y aun postmoderna). Optó por la claridad («Sobre la claridad he de deciros –comenta Mairena– que debe ser vuestra más vehemente aspiración») y no se dejó seducir por la oscuridad y el hermetismo. Eligió la concisión frente a la verbosidad. Lo breve, sobrio y fragmentario contra lo extenso, recargado y rotundo. «Huid del preciosismo literario», exigió el discípulo de Abel Martín. Optó por la narratividad: canto y cuento. Lo espacioso del poema frente a lo extenso de la novela. «Se sabe –dijo– que en poesía [...]

no hay giro o rodeo que no sea una afanosa búsqueda del atajo, de una expresión directa; que los tropos, cuando superfluos, ni aclaran ni decoran, sino complican y enturbian, y que las más certeras alusiones a lo humano se hicieron siempre en el lenguaje de todo».

Dije antes «breve» y este adjetivo puede aplicarse a su poesía completa, que no deja de ser, en rigor, escasa.

Sus «espacios simbólicos», analizados por Rafael Alarcón en un memorable artículo («Antonio Machado, nuestro contemporáneo») de la revista *Turia*, son asimismo sencillos: el agua de la fuente, los cantos de los niños, el parque o jardín solitario, el camino, las galerías, el crepúsculo...

A pesar de ser –otra paradoja– un consumado lector de filosofía (Platón, Leibniz, Kant, Bergson, Heidegger...), su poesía no es filosófica, tal vez porque detestaba el pensamiento abstracto. Su palabra es sencilla, nítida. Nunca metafísica, en sentido estricto, aunque sí meditativa. Otro síntoma de inquietante actualidad: en su obra, tanto da que poética o prosística, abundan las sentencias, los proverbios y los apuntes, en suma, lo que hoy denominaríamos aforismos. ¿Acaso no han bebido los *pecios* de Ferlosio, por ejemplo, de las nítidas aguas del *Mairena*?

A nadie se le oculta que hay una estrecha relación entre esta idea de la literatura y la personalidad de quien la escribe. Por eso desmintió a Ortega, lo de que «El poeta empieza donde acaba el hombre» (que vendría a rebatir la famosa frase de Buffon: «El estilo es el hombre»). Por eso declaró que «toda intuición [poética] es imposible al margen de la experiencia vital» de cada uno.

Dijo de sí mismo que sus aficiones eran «pasear y leer». «Voy caminando solo, / triste, cansado, pensativo y viejo», leemos en *Campos de Castilla*. Fue «humilde profesor / de un instituto rural». De su torpe aliño indumentario se burló con refitolera gracia Juan Ramón Jiménez en *Españoles de tres mundos,* que en otro sitio lo tildó de «poetón aportuguesado». Cansinos Assens, de «español antiguo, triste, apático, romántico y pobre». Cernuda, como «un hombre borroso y medio en sombra» y evocó de nuevo el concepto juanramoniano de muerto en vida. Y Rubén Darío abre su «Oración por Antonio Machado» con: «Misterioso y silencioso / iba una y otra vez».

Perteneció a la estirpe nietzscheana de los solitarios («Desde mi rincón» es algo más que el título de un poema). Y a la de los melancólicos, por su «usual hipocondría» y por su angustia vital. La muerte fue una obsesión, un «tema que se vive más que se

piensa». Fue tímido. Tan retraído como sus versos. Y humilde. Mantuvo que «hay que respetar la modestia y el orgullo: el orgullo de la modestia y la modestia del orgullo». Porque «agrada la modestia pero no el propio menosprecio». Su lema, muy castellano: «Nadie es más que nadie».

Hubo dos mujeres en su vida: la soriana Leonor, que se le murió demasiado pronto, y la madrileña Pilar Valderrama, Guiomar, a la que remitió, como es lógico, ridículas cartas de amor, pero, a pesar de ello, confesó (con Mairena): «siempre dejé a un lado el tema del amor por esencialmente poético». Para él, ha escrito Malpartida (que analiza en su libro este asunto con hondura), «amar, enamorarse, es un acto de imaginación». En lo referente al género femenino, hay que reconocer su flagrante ignorancia y su caduco machismo, impropio de esta época de vindicación feminista y *me too*.

Escéptico frente al escepticismo, fue por libre y a la contra, y en esa libertad radica una de las claves de su permanencia. Aunque su poesía es, ya se ve, de marcado tono autobiográfico (otro signo de actualidad), porque para él vida y obra son inseparables, luchó cuanto pudo contra el subjetivismo y se alejó del ensimismamiento narcisista. El otro, el prójimo, el común o el pueblo formaron parte de su concepción cristiana del mundo. («La idea de Dios –advirtió Enrique Baltanás– es absolutamente imprescindible en la filosofía de Antonio Machado».) Éste se dirigía «al vecino», «al hombre concreto», no a la masa. De ahí su proximidad (de casta le venía) al folclore, al flamenco y a la copla, al romancero y a la lírica popular. De ahí que sus monólogos tornen diálogos. González le declara partidario de «los modos dialécticos».

La genial aportación de los apócrifos machadianos (en especial el tantas veces nombrado Juan de Mairena), por fallida que resulte, redunda en su incesante novedad y le emparenta, ahora sí, con auténticos dioses tutelares de la poesía del 1900, Pessoa entre ellos. Esas máscaras, sus complementarios, inciden en la idea de que nuestro ser es plural. A su través, afloran el humor y la ironía. Y el juego del teatro, al que tan aficionado, como bien sabemos, fue. José Muñoz Millanes escribe al respecto: «Según Machado lo apócrifo vendría a ser, no una falsedad, sino una verdad alternativa o complementaria: una verdad insólita que, al haber sido ocultada por la verdad oficial que nos ofrece la razón, tiene que ser descubierta por la imaginación».

Aunque depresivo, siempre estuvo a favor de la vida, de la «voluntad de vivir», de ahí su apego a la temporalidad, a la poesía

como «la palabra esencial en el tiempo», fuera del cual al poeta «no le es dado pensar». Al «diálogo del hombre con el tiempo»: «¿Cantaría el poeta sin la angustia del tiempo?». En su *Poética* de 1931, alude a una lírica «otra vez inmergida en "las mesmas vivas aguas de la vida", dicho sea con frase de la pobre Teresa de Jesús».

Unido a lo anterior la «visión vigilante», la mirada atenta, para «imaginar despiertos». «Lo poético es ver», dijo Mairena. Y ahí, lo meditativo, ya antes apuntado.

Su mirada se fija ante todo en el campo, que él prefería llamar realidad o naturaleza. Un paisaje tan exterior como interior, propio de alguien que mira hacia fuera pero ve hacia adentro. Tan sencillo, silencioso y despojado como su persona y sus versos. El de Castilla, la del 98. El de la Andalucía de Baeza. «Amo a la naturaleza, y al arte sólo cuando me la representa o evoca». Lúcido, escribe en el *Mairena*: «El campo para el arte moderno es una invención de la ciudad, una creación del tedio urbano y el terror creciente de las aglomeraciones urbanas». Y luego: «El hombre moderno busca en el campo la soledad, cosa muy poco natural». Y después: «Más bien creo yo que el hombre moderno huye de sí mismo, hacia las plantas y las piedras, por odio a su propia animalidad, que la ciudad exalta y corrompe». Y, por fin: «Es en la soledad campesina donde el hombre deja de vivir entre espejos». Me pregunto: ¿no podría sostener esto cualquier ecologista de hoy?

Vecino de Madrid («Mi adolescencia y mi juventud son madrileños»), viajero en París, a diferencia de sus coetáneos (y, antes, desde Baudelaire), odió la gran ciudad y la poesía urbana, también en esto ajeno a los signos de los tiempos, y tuvo por escenario las calles solitarias de los pequeños burgos provincianos, las negras capitales provinciales con casino, cuando no el medio rural y, ya decimos, el campo abierto, eso que hoy se ha dado en llamar «la España vacía».

Y ya que pronuncio la palabra España, sería conveniente destacar su figura moral, la ejemplaridad cívica, por decirlo con Gomá, que su persona encarna a resultas de la coherencia con la que cumplió su ciclo vital como ciudadano de este país en tiempos tan convulsos como los que le tocó sufrir. Y gozar, siquiera brevemente, por su condición de ferviente y leal republicano. Salvando las distancias, tal vez sea esta la lección que para el presente mejor podemos aprender de él. No, «no pueden las ideas brotar de los puños». Y qué comentar de esta sentencia

maireniana: «De aquellos que se dicen gallegos, catalanes, vascos, extremeños, castellanos, etcétera, antes que españoles, desconfiad siempre. Suelen ser españoles incompletos, insuficientes, de quienes nada grande puede esperarse». Para entonces, Machado había sido testigo de cómo el 6 de octubre de 1934, el presidente de la Generalitat, Lluís Companys, proclamaba «el Estado Catalán dentro de la República federal española».

Termino. La rabiosa actualidad lírica de este país se centra en un fenómeno que es todo menos poético. Sí, para la *parapoesía* tenía, *avant la lettre,* una reflexión Machado: «Poesía, señores, será el residuo obtenido de una delicada operación crítica, que consiste en eliminar de cuanto se vende por poesía todo lo que no lo es».